

EL TEATRO

DIRECTOR
JOSÉ DEL PEROJO

PUBLICACION MENSUAL

ADMINISTRACIÓN
57, SANTA ENGRACIA, 57



SRA. DOÑA ROSARIO PINO, PRIMERA ACTRIZ DEL TEATRO DE LA COMEDIA
FOT. FRANZEN

EL TEATRO

Núm. 25

Octubre 1902



TEATRO DE LA COMEDIA.—«DON GIL DE LAS CALZAS VERDES»
DOÑA INÉS (Srta. Bremón)

Fot. Franzen



CRÓNICA GENERAL

EN uno de los interesantísimos trabajos de clínica social hechos por don Federico Rubio habla éste de la *anacronopatía*, como de una de las enfermedades morales más graves, desde el punto de vista social, puesto que hace á los que la padecen absolutamente estériles para el bien, por buenos que en sí sean.

Esta enfermedad que, como el lector ha entendido sin duda, consiste en un anacronismo, en una disconformidad notoria y grande entre la labor hecha y la época en que se produce, es frecuente y de funestos resultados en el teatro donde abundan las obras que, ó por venir retrasadas ó por anticiparse demasiado, no llegan á encontrarse con el público en aquel punto de acuerdo é identificación que constituye el éxito teatral.

Nuestro teatro clásico es hoy un caso evidente de anacronopatía, y los primeros en confesarlo son los mismos que se dicen sus partidarios más entusiastas. ¿Qué otra cosa significa la labor de refundir aquellas obras á que se han abrazado, hoy como ayer, los más ardientes enamorados de aquella musa dramática? Molière es representado en Francia tal como se produjo, sin refundiciones ni recortes. Tampoco son éstos necesarios en Shakespeare. Hace algunos años estrenó Sarah Bernhardt una traducción del *Hamlet*, cuyo gran mérito consiste en ser una traducción absolutamente literal, y todos los públicos de Europa y América la han entendido y aplaudido. ¿Hay alguna obra de nuestro teatro clásico que sea representada en esas condiciones ni que al serlo produzca aquel entusiasmo ni alcance aquel éxito que corresponden á la alteza de su fama? Del castellano de aquellas obras, por no hablar más que de la forma, al español corriente hoy hasta en el lenguaje literario, hay tanta diferencia como si se tratara de un idioma extranjero.

Tirso de Molina es, seguramente, entre aquellos autores insignes, uno de los más humanos, de los más hondamente realistas en la observación y en la pintura de hombres y costumbres. Los tipos de amos que *Caramanchel* tuvo, y que el lacayo saladísimos describe en una de las *tiradas* más famosas del *Don Gil de las calzas verdes*, y es un ejemplo, son tipos de hoy. Esa comedia, por otra parte, en lo que al fondo se refiere, no es más intrincada que cualquier *vaudeville* del día. Pues, así y todo, para representar el *Don Gil* ha habido que refundirlo y traducirlo al lenguaje corriente. A juzgar por lo que se ha dicho, ni siquiera por el aspecto moral sería hoy tolerable aquella obra de Fr. Gabriel Té-

llez tal cual él la produjo, ni aun alternando con *Las vírgenes locas*. Como no sea que en la obra original se habla de la interesante situación de la protagonista, quien, para no perder la bandera que la ampare en ese trance, corre las aventuras inocentes de *Don Gil*, no sé qué haya de deshonesto en aquella obra, ni para un público familiarizado con el teatro novísimo francés é italiano, ni aun para público que no hubiese pasado de las ñoñeces de Eguilaz ó de Ventura de la Vega.

¡Acaso sea porque lo único deshonesto en el amor, para la sociedad contemporánea, es *eso* precisamente! Hay muchas «vírgenes locas» delante de las cuales es preciso decir que los niños vienen de París, en cestitas floridas y perfumadas. Por algo decía Zola que el hijo se había ya desvanecido en los horizontes del amor...

Casos de *anacronopatía* son también las obras teatrales de aquellos que se consuelan, ó á quienes se consuela, con la afirmación de que aún no está el público preparado ni educado para ellos. Es tan malo sobrevivir á su tiempo como anticiparse. Sus producciones son del porvenir, como se decía de la música de Wagner. Lo terrible es que pasan los años, y muchos de ellos siguen siendo del porvenir. Para mucha gente, la música de Wagner es todavía «del porvenir», de un porvenir que, al paso que lleva, no vendrá nunca. Cuando Zola hizo obras dramáticas, también las confiaba al porvenir. Han pasado de entonces acá cerca de veinte años, y ese porvenir no ha llegado.

Tenía la pasión del teatro, como tantos otros que triunfaron en la novela. Hasta lo creía una obligación, un deber impuesto por su amor al arte. «Los novelistas, que son los príncipes literarios de la época—decía en el prólogo de *Les héritiers Raibourdin*—honran los escenarios encanallados, cuando se dignan poner en ellos sus pies.» Las mismas dificultades de la lucha teatral despiertan la soberbia y estimulan á perseverar hasta vencer en la batalla. «Una pieza silbada es obra muerta. Hace falta circunstancias extraordinarias para que se vuelva á representarla un día en buenas condiciones, para que un público nuevo case la sentencia del primero, si ha lugar. Por esto la lucha en el teatro es muy difícil, llena de peligros, cuando se quiere aportar á ella ideas nuevas. La menor herida es mortal. Una multitud, un público de mil quinientos á dos mil espectadores, os cierra brutal-

mente la boca. No hay más que someterse. No se puede contar con la reflexión, al día siguiente, ni con la conquista lenta de las inteligencias, ni con el movimiento de proselitismo que determina un libro original. Si no se ha apoderado uno del público en masa al primer golpe, hay que renunciar á seducirlo. Sólo cabe una protesta: publicar la obra. Esto decía Zola, y esto hizo con las tres suyas, con el drama *Teresa Raquin* y con las comedias *Les héritiers Rabourdin* y *Bouton de Rose*. «Han acabado por leer mis novelas, decía; acabarán por oír mis comedias.»

No era Zola un testarudo vulgar, y se rindió á la evidencia. Le silbaban una obra, lo apaleaba la crítica, y él se ponía á hacer otra, seguro de que cuando el ejército se compusiera de muchos soldados el triunfo ser á indiscutible. Comprendió al cabo de poco tiempo que no podía ser, y dejó de perderlo en el teatro. Después de las tres obras, recogidas en 1878 para un volumen, no volvió á la escena, sino de la mano de alguien inspirado en sus novelas. Realmente, ninguna de aquellas obras revela al autor dramático, ni siquiera al luchador, que la novela había acreditado. No claudicó jamás en la novela. La crítica lo maltrataba por deshonesto, por sucio, por anti-patriota, y él volvía á lo mismo que le censuraban: era su bandera y la defendía con tesón admirable. El público del teatro influye más fuertemente en quien lo cultiva, y el dramaturgo de grandes y terribles violencias en *Teresa Raquin* (1873), se atuvo á la sencillez *terre á terre* de la comedia en *Les héritiers Rabourdin* (1874), y cayó en el vaudeville de sal gruesa, chabacano y exclusivamente para reír, en *Le bouton de Rose* (1878). En el estreno de esta comedia, inspirada en un cuento de Balzac, el público se negó á oír el nombre del autor. «Hubiera sido mi nombre una palabra indecente—dice Zola,—y no hubiera excitado más vigorosamente el pudor del público.»

Para mí, sólo *Teresa Raquin* es digna de Zola. Hay en ella el vigor de humanidad de sus novelas admirables. Es la tragedia sin coturno ni recursos sobrenaturales de melodrama.



«DON GIL DE LAS CALZAS VERDES»
DOÑA CLARA (Srta. Catalá)
Fot. Franzen

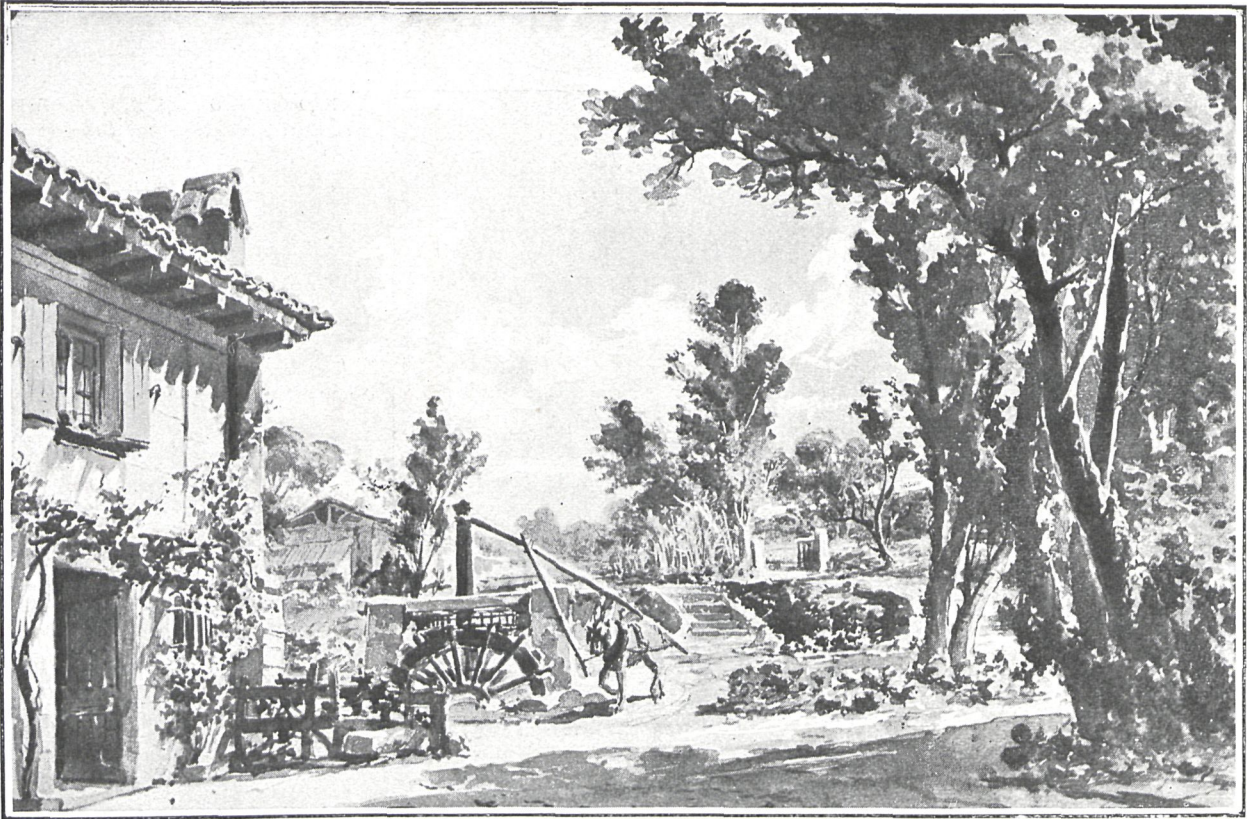
Tanto es esto cierto, que en representaciones ulteriores aquel drama ha gustado á la mayoría, aunque no se impusiera á todos. Pero Zola no perseveró en aquel camino. Toda su energía la derrochó en prólogos de magistral violencia, para combatir ferozmente á la crítica que fustigaba sus obras; mas no para insistir en la orientación de la primera.

Si yo no me supiera de memoria á Franco Rodríguez ni conociera la ingénita dulzura de su alma bondadosa, creería que había abierto las columnas del *Heraldo* á las deposiciones de los autores dramáticos, para pintar el estado lamentable de nuestra literatura teatral. Esa gran *batuda* es lo más terminante que se ha hecho respecto de nuestra decadencia literaria. Recogiendo esas declaraciones y publicándolas en un folleto, dándoles por prólogo lo que D. Juan Valera dice de nuestro florecimiento literario, se haría un epigrama, demasiado largo, pero san-

griente y justiciero.

Con inconsciencia admirable se nos declara por todos una producción tan abundante y varia, que asombraría y llenaría de envidia á aquellos augustos ingenios que fueron gloria de la humanidad. No hay quien no tenga apercibida una docena de actos representables. Lo mismo hacen piececitas cómico líricas, que dramas de ideas trascendentales. Alternan una traducción de algún clásico con un pasillo chulesco; una refundición del teatro antiguo con un sainete fiado á la sonoridad de tangos y pasacalles... Ya lo dijo Dumas, y la cosa sigue siendo cierta: el sentido de lo ridículo se debilita más cada día.

SALVADOR CANALS.



DECORACIÓN DEL PRIMER ACTO. (BOCETO DE LOS SRES. AMORES Y BLANCAS) Fot. Baglietto

DON GIL DE LAS CALZAS VERDES

COMEDIA EN TRES ACTOS DE TIRSO DE MOLINA, REFUNDIDA POR DON TOMÁS LUCEÑO



DECIO (Sr. Mata)
Fot. Franzen

La compañía del Teatro de la Comedia, al regresar á Madrid después de una provechósima excursión por los teatros de provincias, ha querido, sin duda, rendir un tributo de admiración á nuestro teatro clásico y ha comenzado sus tareas estrenando la famosa comedia de Tirso *Don Gil de las calzas verdes*, refundida por el ingenioso y culto literato D. Tomás Luceño.

El estreno ha dado ocasión para multitud de discusiones, transformadas á veces en disputas por el apasionamiento de los discutidores, acerca de si es ó no lícito refundir, y de si, admitida la refundición, es lícito llevarla más ó menos lejos modificando textos que por lo venerables debieran de ser intangibles y permitiéndose alteraciones que no sean puramente formales y encaminadas sólo á poner las obras de acuerdo con la forma en que hoy se hacen las representaciones escénicas.

La discusión no ha terminado ni es fácil que termine; ambos bandos aportan buena copia de argumentos en defensa de sus criterios respectivos, y resulta en definitiva, muy difícil fallar en el pleito que mantienen. Los unos extreman quizás su respeto convirtiendo en *sancta sanctorum* todo el teatro clásico español; pero los otros, con excelente intuición indudablemente, abren un portillo por el cual no sería difícil que refundidores de menos conciencia y menos respeto entrasen á saco en lo que por todos debiera de ser respe-



CELIO (Sr. Cayuela)
Fot. Franzen



SRTA. MARÍA ORTIZ, PRIMERA TIPLE DEL TEATRO ELDORADO, EN «SAN JUAN DE LUZ»
FOT. FRANZEN